

Cuaresma I – Llamados a vencer el mal

Hoy iniciamos la Cuaresma, nuestro camino de preparación para la Pascua y, como todos los años, en el primer domingo contemplamos el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, que nos invita a reflexionar sobre el tema de la tentación y el mal. Éstos constituyen la peor amenaza para nuestra vida, nuestro enemigo más peligroso. Por eso, el Padre Nuestro que rezamos cada día incluye como sus dos últimas peticiones: “no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”.

Sin embargo, a veces no alcanzamos a entender suficientemente el dramatismo de nuestra lucha contra el mal. Entendemos la tentación como algo que nos induce a pecar de tanto en tanto, cuando cedemos a la atracción de hacer algo que *sabemos claramente* que está mal o dejamos de hacer algo que *sabemos claramente* que está bien y que es nuestro deber. Sin embargo, sería importante plantearnos una pregunta: ¿cómo es posible que obremos el mal consciente y deliberadamente?



Sandro Botticelli, *Las tentaciones de Cristo* (1498-1500) Detalle

Si nos hacemos esta pregunta con honestidad, caeremos en la cuenta de que la tentación que nos ha llevado a pecar había comenzado mucho antes de lo que pensamos, actuando en nuestro corazón de un modo oculto e insidioso, para hacernos vulnerables a su influjo, de modo que cuando se hizo visible no hemos sido capaces de resistirla. La primera lectura de hoy -el relato del pecado original- es una ilustración de lo dicho. El tentador se presenta como la serpiente: un animal que reptando por el suelo se esconde, acecha por detrás, y cuando la víctima logra verlo, ya es tarde. Eso sucede con Eva, que conversa con aquella sin percibir el peligro, hasta que la serpiente le inyecta veneno de la *duda*: “Dios les prohibió comer de ese árbol no porque vayan a morir, sino porque no quiere que sean «como dioses»”. Una vez que la serpiente logra destruir la relación de confianza de Adán y Eva con Dios, éstos son capaces de desobedecer la prohibición de Dios deliberadamente.

El relato de las tentaciones de Jesús nos ayuda a reconocer el mal y vencerlo *en su misma raíz*. Jesús, al comenzar su misión, se retira al desierto para estar a solas con su Padre y comprender su voluntad. Ése es el momento indicado para que Satanás intente desviarlo de su misión, lo que significa, en última instancia alejarlo del camino de la Cruz. Cada tentación es un modo de inducirlo a Jesús a evitar la Cruz: ¿por qué no utilizar los milagros para procurarse, y procurar a los demás, bienes materiales (pan, curaciones, etc.)? ¿por qué no exigirle al Padre signos espectaculares para cerrarle la boca a los incrédulos? ¿por qué no dejar que el pueblo lo convierta en rey y poner ese poder al servicio de su anuncio? *Cada tentación es una obra maestra de la insidia*: no es algo en sí

mismo malo pero, de haber sido aceptado por Jesús, lo hubiera separado de la voluntad de Dios y lo hubiera extraviado en la búsqueda de un éxito puramente humano y engañoso.



Boticelli, *Las tentaciones de Cristo*. Detalle

Esto mismo podemos aplicarlo a nuestra vida. La tentación comienza a través de actos aparentemente inocentes que nos llevan, poco a poco, a poner nuestro corazón en las cosas materiales (primera tentación), en la opinión de los otros (segunda tentación) o en la pretensión de imponer nuestra voluntad a los demás (tercera tentación). Y si, por ingenuidad, cedemos ante el mal, estas metas mundanas, a modo de falsos ídolos, terminarán sustituyendo en nosotros al Dios verdadero. Si doy mi corazón a las cosas materiales, no pasará mucho tiempo para que utilice mi dinero de un modo injusto; si busco el aplauso de los demás, comenzaré a hacer cosas malas para conseguir su aplauso; si me enamoro del poder, terminaré ejerciendo alguna forma de violencia sobre quien lo desafíe.

Boticelli, *Las tentaciones de Cristo*. Detalle

Este domingo nos invita a retirarnos como Jesús al desierto, para renovar la conciencia de cuál es la voluntad de Dios para nosotros. Y eso requiere no quedarnos en los pecados que vemos, sino en preguntarnos cuál es su raíz. ¿Hacia dónde se dirige mi vida? ¿En dónde tengo puesto mi corazón, en Dios o en los ídolos? ¿Busco la voluntad de Dios, o procuro someterla a mi propia voluntad? De este modo seremos capaces de detectar la raíz del mal en la profundidad de nuestro corazón, y podremos rechazarlo con la fuerza de la Palabra de Dios, como Jesús. Y así seremos menos vulnerables a las tentaciones más claras y explícitas que nos acechan a lo largo de la vida, y ellas no serán ya obstáculo para seguir a Jesús por el camino que nos lleva, a través de la Cruz, a la Resurrección.

